

Frete libertario

Madrid,
20 de julio
de 1937

Núm. 234

editado por el comité de defensa confederal :: región centro

ANIVERSARIO DE GUERRA AEREA

Los aviadores de la República celebran el aniversario de la rebelión obteniendo una victoria rotunda en la más gigantesca de las batallas aéreas que señala la historia

La aviación republicana supo celebrar dignamente el aniversario de la rebelión, a la manera como celebran los hijos del pueblo las fiestas en las que se conmemora la iniciación de la lucha por su libertad: obteniendo triunfos rotundos.

Hace un año puede decirse que el pueblo español apenas contaba con aviación militar; mal puede llamarse aviación a unos cuantos aparatos de escasa potencia y capacidad, con los que colaboraron unas cuantas avionetas de turismo y algún avión civil. Entonces no había ni casi aviones ni casi pilotos; y sin embargo, desde la primera jornada de la guerra y de la Revolución, prestó la aviación republicana inmejorables servicios, y en todo momento estuvo de una manera franca y leal al lado del pueblo, al lado de aquellos héroes que se lanzaron a la lucha para impedir que se consumase el crimen de lesa libertad que se habían propuesto realizar los rebeldes.

Ya por entonces la aviación supo de lucha y de bombardeos; buenos testigos son La Montaña, Campamento, Carabanchel y la Sierra. Ya entonces los rebeldes aprendieron, bien a su costa, lo que puede hacer, lo que es capaz de hacer un alma limpia, de luchador por la libertad, tripulando un aparato de bombardeo o un avión de caza, si es que cazas y aparatos de bombardeo pueden llamarse los aviones de que entonces disponía el pueblo para poder defender su libertad amenazada.

Un año de lucha ha cambiado totalmente el cariz y la capacidad ofensiva y de lucha de nuestra aviación; ahora ésta cuenta con unos excelentes pilotos, que unen al arrojo la técnica más depurada y que en todo momento saben cumplir como bravos con su deber; y cuenta también con unos medios mecánicos que están a la altura que las circunstancias exigen para poder dar la batalla a la también poderosa aviación de los rebeldes.

De esta síntesis de alma y acero, surge en la actualidad

el dominio del aire por nuestros aviadores, la victoria en todas las batallas aéreas que libran con las fuerzas del aire de los rebeldes.

Y ayer, día con sabor de aniversario, día en el cual el pensamiento se encendía al recuerdo de las gloriosas jornadas del pasado julio, la aviación republicana ha revalidado todos los títulos de capacidad y de heroísmo que le habían sido atribuidos por el pueblo español, por este pueblo capaz de todos los heroísmos, que encuentra en sus bravos pilotos la síntesis de todas las virtudes de la raza española.

Durante todo el día actuaron nuestros pilotos y nuestros bombarderos de una manera intensa e ininterrumpida. Y a las siete de la tarde, a las diez y nueve, si quiere emplearse el lenguaje exacto de los partes de guerra, un grupo de cazas leales entabló combate con aviones de diversos tipos de caza y bombardeo enemigos. La batalla es la mayor que ha tenido lugar en nuestra guerra y la de mejores resultados para las alas tricolores. El balance no puede ser más alentador para nuestros caballeros del aire. Un caza, siete Fiats, un Heinkel, seis monoplanos y dos bimotors Junkers enemigos, fueron abatidos por nuestros aviadores, que tan solamente sufrieron la pérdida de una unidad aérea de caza.

Así es como nuestros pilotos celebraron el primer aniversario de la rebelión fascista.

El pueblo, que siente una especial predilección por los bravos luchadores del aire, por esos héroes que se lanzan intrépidamente a las más peligrosas aventuras y que en todo momento están dispuestos a poner a contribución su valor y sus conocimientos para colaborar a la victoria del pueblo, sabrá agradecerles, juntamente con su labor fecunda, esta fiesta del aniversario en guerra, en que nuevamente, como tantas veces ha ocurrido en el curso de nuestra lucha, el aire ha quedado bajo el dominio de las alas victoriosas del pueblo.

UN ARTICULO DE MARIANO R. VAZQUEZ

"Estamos satisfechos del espejo que podemos ofrecer a los demás para que en él se miren"

Parece ayer. Del 12 al 19 de julio. Una semana de febril impaciencia. Todos esperábamos. El Comité Nacional de la C. N. T. nos había dado la voz de alerta. Desde la Secretaría del Comité Regional de Cataluña, habíanse circulado las instrucciones precisas.

Los anarquistas, la militancia de la C. N. T. no descansaba, no dormía. Unos acariciaban la pistola. Otros desenterraban el fusil. Se engrasaban las armas. Y quienes de ellas carecían, esperaban el toque de sirena, señal de que la reacción aparecía en la calle, para lanzarse a los lugares de combate y apoderarse de la primera arma que un caído dejara inactiva.

Por fin, la madrugada del 19, el alzamiento se produjo. Y la militancia, que llevaba una semana sin dormir, salió al encuentro, cerrando el paso al Ejército de los traidores, en unos lugares; asaltando sus fortalezas, en otros; buscándoles en sus guaridas, los de más allá.

Rápidamente la C. N. T. vió el presente y el porvenir. Advino que la guerra sería larga, y decidió estudiar la situación, con calma, con sensatez, con la responsabilidad exigible a la histórica hora que se vivía.

En Cataluña, la tarde del 20, se reunía la Organización confederal en un Pleno Regional de Locales y Comarcales. Y no se dejó impresionar por el ambiente ni se emborrachó por la victoria rápida, terminante, rotunda que había logrado. Por las calles de Barcelona, sólo había C. N. T.-F. A. I. Todos los coches llevaban las tres letras. El pueblo estampaba en las paredes las gloriosas iniciales como galardón a los héroes. En las alturas ondeaba la bandera rojinegra. En las barriadas, dueña absoluta nuestra militancia. Las consignas eran nuestras iniciales. Los claxons repetían los tres toques «C. N. T.» «C. N. T.» «C. N. T.» Era el grito de guerra. La garantía de la victoria. El pueblo había visto luchar en primera línea a los anarquistas. Había visto a las figuras dirigentes del anarquismo dirigiendo las batallas, multiplicándose, dando el pecho a las balas enemigas, mientras sus fusiles, sus ametralladoras, escupían granizado sobre el enemigo. Ascaso, García, Durruti... eran el alma del combate barcelonés. El pueblo los aclamaba.

La primera victoria dejaba el

paso libre. Y en medio de este dominio absoluto de la situación, la militancia examinaba el panorama y determinaba: «A conquistar las poblaciones que tiene el fascismo. No hay Comunismo Libertario. Primero, a batir al enemigo allá donde se encuentre». Y decidía: «Constitúyase el órgano aglutinador de todos los antifascistas». Y surgía el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña, con representación de la C. N. T., F. A. I., Esquerra, P. S. U. C., U. G. T., P. O. U. M., Acción Catalana y Rabassaires.

Era la primera nota de responsabilidad colectiva. Eramos dueños de la calle, de la situación, y no nos hicimos con ella. Y respetamos a los demás. ¿Habían hecho lo mismo, en nuestro lugar, con nuestras posibilidades, los otros sectores antifascistas? La historia registra en el comportamiento posterior de cada cual, la respuesta: NO. Sólo el anarquismo, noble, responsable, sensato, fué y era capaz de tratar de tú a quien podía ser eliminado, a quien era inferior.

La C. N. T. se reunía en un Pleno Nacional de Regionales a primeros de agosto. Y decidía lo mismo que la Regional Catalana había acordado el 20 de julio. «No hay Comunismo Libertario. Primero, aplastemos la facción.»

En septiembre, se determinaba en un Pleno Nacional de la C. N. T. abogar por el Gobierno revolucionario del pueblo, en el cual decidíamos intervenir, y redactaba un programa completo para facilitar la victoria. En el mismo mes de septiembre, la C. N. T. intervenía en el Consejo de la Generalidad.

En noviembre, la presión de la calle determinaba que la C. N. T. entrase a formar parte del Gobierno. La presión de la calle y la agobiadora situación de Madrid. Y en aquellos días de febrilidad, de peligro, era la C. N. T., eran los jóvenes libertarios de los Ateneos de Madrid, quienes se multiplicaban en arrojo y dinamismo para contener el avance de los mercenarios.

Desde los Ministerios que detentaron los delegados de la C. N. T., se trabajó intensamente, para realizar la tarea positiva que había que llevar a cabo. Ni un solo caso de partidismo, ni un acto de bandería, puede encontrarse en nuestra gestión en el Gobierno. Nuestros camaradas

se preocuparon más de trabajar que de situarse de modo partidista. Y así vemos cómo en Justicia y Sanidad, los subsecretarios de nuestros camaradas, son republicanos; no anarquistas. Cómo el director general de Industria, cargo de indiscutible importancia y desde el cual puede realizarse intensa obra partidista, era socialista. Son éstos elocuentes botones de muestra.

A nuestro camarada García Oliver le compitió organizar las Escuelas Populares de Guerra. Ya antes, las había organizado en Cataluña, desde el Comité de Milicias antifascistas. Y de unas escuelas de oficiales del Ejército, desde donde el organizador podía situar a elementos nuestros con preferencia, se realiza la obra imparcial que nos caracteriza. Prueba elocuente es que la C. N. T. es la que obtiene menos oficiales. ¿Pudo hacerse «trampa»? Nadie ha de dudarlo. Pero no se hizo.

Se nos desplaza del Gobierno. Por el contrario, la C. N. T. se lanzó al estudio. Y elaboró un programa mínimo de Gobierno, cuya característica era la sensatez, y cuyo objetivo, facilitar la rápida victoria, sacando de cada resorte gubernamental, el rendimiento necesario. Lo ofrecimos al jefe del Gobierno.

Pasó un mes. Cayó Bilbao. La C. N. T. luchó por pulverizar aquella riqueza, para que no fuera utilizada por los traidores fascistas.

Y la Prensa facciosa publicó un parte por demás elocuente: «El 20 de junio se ha cumplido la justicia contra 58 individuos pertenecientes a la C. N. T. que intentaron prender fuego a la ciudad antes de que entrasen en ella las columnas nacionales.» La C. N. T. ha salvado su prestigio en el Norte.

El día 1 de julio sometimos a las Organizaciones nuestro programa, para elaborar uno conjunto y formar el frente indestructible de todos los sectores antifascistas. El Partido Comunista y el Socialista, lo torpedean y no hay manera de hacer el frente de la unidad antifascista.

Estos son, a grandes trazos, la línea que ha seguido la C. N. T., su comportamiento y sus actos responsables. ¿Pueden decir otro tanto todos los sectores antifascistas? Estamos satisfechos del espejo que podemos ofrecer a los demás, para que en él se miren.

LA DIPLOMACIA MUNDIAL Y EL PUEBLO ESPAÑOL

La victoria vendrá de nuestro propio esfuerzo, de nuestra propia capacidad de combate y de heroísmo, pero no de los apoyos que puedan prestarnos las cancillerías europeas

Hace meses, muchos meses, que en esta hoja volandera y popular que se llama FRENTE LIBERTARIO, a la que algunos se han dedicado unas veces a insultar y otras veces a desconocer, porque les dañaba el lenguaje de verdad escueta que en ella se emplea, se dijo repetidamente que la liberación de España había que esperarla, únicamente, exclusivamente, de la propia capacidad guerrera del pueblo español y no de la ayuda que nos pudieran prestar las cancillerías extranjeras ni los hombres de la política internacional.

Entonces se hicieron sordos los oídos a los cuales dirigíamos nuestras palabras claras y no se quiso comprender la verdad que rezumaban nuestras páginas. Y, entonces, lejos de tomar en consideración nuestras observaciones, se intentó dificultar por todos los medios coercitivos de que dispone el estado que nuestras verdades trascendieran al pueblo. Era natural; el tinglado de la farsa política había que montarlo sobre otras bases, sobre otras premisas que consintieron el cambalacheo y las habilidades; se pretendía obtener apoyos internacionales aun a costa de sacrificar los deseos íntima y realmente revolucionarios del pueblo español. Y para lograrlo, se dió marcha atrás en la Revolución y se sacrificó a los hombres que en todo momento estaban dispuestos a arrostrar hasta el fin las consecuencias de sus posiciones claras.

¿Consecuencias de esta posición, de esta actitud? Francamente desastrosas y que pueden resumirse en dos frases: hemos perdido tierras que antes eran nuestras y no hemos ganado apoyos internacionales. Es duro decirlo, es doloroso, pero es la verdad. Y al pueblo hay que hablarle siempre, siempre, el lenguaje de la verdad.

Y a estas alturas, el propio presidente de la República, en el discurso que pronunció con ocasión del aniversario de la iniciación

de la lucha, viene a repetir los mismos pensamientos, casi las mismas palabras, que desde hace muchos meses hemos venido expresando: que es el Ejército de la República el que ganará la guerra y el que sabrá vencer al mismo tiempo a los adversarios en armas y a aquellos otros más ladinos y más peligrosos que pululan por los círculos diplomáticos, en los que desarrollan su labor sorda y tenaz de mina, su labor tenebrosa, que tiende, por todos los medios, a debilitar la capacidad combativa de nuestro pueblo.

Y ahora preguntamos: ¿Para llegar a este reconocimiento de la exactitud de las posiciones que siempre hemos defendido se han escrito contra nosotros los peores insultos y se nos han levantado las más inicuas calumnias? ¿Para llegar, al cabo de los meses, a darnos la razón se ha intentado, por todos los medios imaginables, lícitos e ilícitos, desplazarnos ante la opinión española?

Porque esos eran, ni más ni menos, los propósitos de los que entonces desencadenaron contra nosotros las más furiosas ofensivas. Aunque se estrellaron ante el claro sentido de nuestro pueblo, que siempre ha sabido discernir entre los que le hablan el lenguaje de la verdad y aquellos otros que le hablan el lenguaje de la política.

El presidente de la República ha puesto claramente de manifiesto, ante todo el pueblo español, la actitud doble y engañosa de la diplomacia mundial. Y ha manifestado que ha de ser el Ejército de la República, es decir, el pueblo en armas, el que conseguirá vencer a sus enemigos, abiertos o encubiertos, a los que lo combaten en España y a los que luchan contra él en los medios internacionales.

Después de muchos meses de machacar en hierro frío, el presidente de la República nos ha dado la razón.

se, cuando el pueblo español consiguió los triunfos más resonantes de toda la campaña; fué entonces cuando cada hora era un éxito y cada día una serie de victorias. Pues bien; entonces el armamento con que contaba el pueblo era muy inferior, infinitamente inferior al que en la actualidad dispone y era también inferior a aquél que tenían los facciosos en sus manos.

¿Cómo, pues, se marchaba de triunfo en triunfo? Por la sencilla razón de que en aquellos días el más encendido de los entusiasmos inflamaba los corazones de los luchadores de la libertad; porque entonces cada hombre llevaba entre sus manos un fusil o un simple revólver, pero llevaba en su pecho la llama sagrada que hace a los héroes. Se combatía con un entusiasmo que no ha sido superado ni siquiera igualado en todos los meses que siguieron después; y con entusiasmo se vencía, se arrollaba materialmente al enemigo y se obtenían los triunfos más resonantes.

Vinieron después días amargos en los que el pueblo tuvo que ceder terreno ante la avalancha de medios de guerra que contra él se desencadenó por los rebeldes y sus aliados. Pero también al poco tiempo la contienda se fué equilibrando y en la actualidad el pueblo cuenta con medios de guerra que igualan siempre y que en muchos casos superan a los medios de guerra de que disponen los rebeldes. Por este motivo la victoria es del pueblo, siempre que éste sepa revivir los entusiasmos de las jornadas gloriosas de julio de 1936. Si los hombres del pueblo saben combatir como entonces, si sus jefes y comisarios saben infundirles de nuevo el entusiasmo y la pasión de los primeros días, la victoria será inmediata y rápidamente asistiremos a la liquidación definitiva de esta lucha sangrienta que ha devastado los campos de España y que ha segado en flor miles y miles de vidas de sus hijos predilectos.

Pero es preciso no olvidar lo que hemos dicho anteriormente: que el entusiasmo, la pasión, es el arma mejor de que dispone el pueblo español para derrotar a sus enemigos. Y que si ese entusiasmo se enfía, si decae el ánimo de los luchadores de la libertad, pueden sucederse los acontecimientos desgraciados que aboquen a todo el pueblo español a situaciones de la mayor gravedad.

Tenemos las armas que antes nos faltaban; busquemos de nuevo el entusiasmo y el ardor combativo que entonces poseíamos y la victoria no se hará esperar y las jornadas de alegría y de paz se presentarán inexorable y rápidamente.

Cuando a un frente no se envía el material de guerra indispensable, no debe extrañar a nadie que ese frente no avance.

Talleres Socializados del S. U. I. G.

Erupción de dictadores

Es sorprendente la fuerza que tienen algunos españoles en las palabras; y más aún la intención con que las dicen; y más aún todavía la carga que les ponen y que no llega a explotar.

Cuando algunos de estos hombres, que deben su fama a la facilidad en la expresión, se encuentran ante los públicos a los que han de brindarse como objetos de feria, suelen perder en absoluto la noción del tiempo y del espacio, para entregarse al consabido ejercicio de impresionar los oídos ajenos con el chorro incontinente de su escandalosa elocuencia.

Luego los aplausos, los vivas y las invocaciones acaban de trastornarles el juicio, y, como histriones que se creen reinar siempre sobre una corte de aduladores, pasan por entre las gentes con aire despreciativo e imperioso.

Empieza entonces a anidar en ellos una segunda naturaleza. De miserables e insignificantes criaturas, que a veces en la intimidad de su vida son unos seres apacibles y consecuentes, se convierten en autoritarios, duros e intransigentes, y su postizo orgullo viene a ser como una atracción más respecto a todos aquellos que aún siguen manteniendo el rito de los oráculos.

Simultáneamente, el croar de las ranas les hace suponerse investidos de esa autoridad que la fábula les concede y caen en la charca de la vida pública como enviados por un dios inapelable. Es cuando las palabras adquieren una solemnidad y una fiereza que en el silencio provocado por la súbita presentación llegan a impresionar hondamente a los mismos que las pronuncian.

Ya se han colocado en una posición, de la cual les es difícil retroceder.

El auditorio, con su tácito asentimiento, los incita a nuevas y más atrevidas afirmaciones. Si por casualidad el aplauso estalla en un momento decisivo, aquél de los predestinados que se encuentra en el ejercicio de una

profesión tan fácilmente adquirida, ya no tiene reparo en pronunciar las palabras que han de constituir, a la vuelta de los días, el principal apoyo de acusación para labrar su ruina. Y allí quedan encerradas en todos los oídos por donde penetraron, archivadas en todos los periódicos que las recogieron, latentes en la memoria de los hombres, que jamás necesitaron los funestos servicios de semejantes caudillos de la plebe.

«El que no esté conmigo, está contra mí», es la primera frase de orden que suelen vomitar estos olímpicos ciudadanos. Luego, cuando el eco repite por encima de los cráneos vacíos, muchas, muchas veces, semejante insolencia, viene como corolario a cerrar el primer ciclo de la etapa evolutiva de los domadores de pueblos esta otra imprecación no menos denigrante para el que la pronuncia que para quienes pacientemente la oyen: «Y a todo aquel que intente oponerse a nuestro ímpetu arrollador, lo aplastaremos».

Ya lo tenemos convertido en carro de asalto, en mascarón lanzado ante los objetivos de las cámaras reporteriles, con la fuerza expansiva de unos cuantos litros de gasolina. Adquiere actitudes de estatua sobre las decenas de caballos que, obedientes a un solo mando, no aciertan a desbocarse. Ha aprendido a imitar a los más destacados modelos del género.

Sólo que puede muy fácilmente comprobarse la fragilidad de todo aquel artificio, con una simple carcajada a tiempo, con una defonación de aire comprimido para rateros pusilánimes, o con una de esas salidas que nuestros dinamiteros suelen hacer con tanta serenidad ante el resoplido de las fieras de acero, poniéndolas de un solo golpe con las panzas al aire.

Cualquier depurativo será bueno para hacernos desaparecer esta erupción de dictadores que con el declinar de la primavera se ha recrudecido.

Juan Ramón Jiménez

Adhesiones al pueblo español... desde Cuba

Llega a España la noticia de que el poeta Juan Ramón Jiménez, cuyas cualidades artísticas no vamos a discutir en ningún momento, con ocasión de una fiesta celebrada en Cuba, ha puesto de manifiesto su adhesión al Gobierno legítimo de España y su identificación con la causa que el pueblo está defendiendo desde las trincheras.

No es que nos parezca mal que se aprovechen todos los momentos y todas las ocasiones para poner de manifiesto y de relieve, de una manera clara y rotunda, la posición solidaria con la causa del pueblo en que se encuentran las figuras señeras de nuestra intelectualidad. Como tampoco desconocemos la trascendencia que puede tener en esta lucha una propaganda bien

orientada en el extranjero, para hacer destacar en todo su vigor los valores espirituales que el pueblo español está defendiendo.

Pero al mismo tiempo no podemos por menos de señalar que hay veces en que la mejor labor para la guerra y la Revolución puede prestarse trabajando en España, dentro de las posibilidades y de los medios de que disponga cada cual. Porque ya van siendo demasiados los intelectuales españoles que se ocupan en ensalzar los heroísmos, los sacrificios y los trabajos de nuestro pueblo para lograr su libertad, pero que lo hacen desde la comodidad y el seguro que el extranjero les brinda.

Bien, muy bien, las adhesiones al pueblo español. Pero... ¿Vamos a acercarnos un poquito?

Pasión y entusiasmo, armas de victorias seguras

No puede desconocerse que la guerra moderna es guerra de medios mecánicos y de ingenios crueles de destrucción y de muerte. Sin unos y sin otros es imposible que la victoria se muestre propicia. Pero también es preciso recordar que las mejores máquinas guerreras son inútiles si sus posibilidades de actuación no van acompañadas por los entusiasmos calidamente enfebrecidos de los hombres que las manejan.

Las armas son necesarias; el entusiasmo, la pasión son imprescindibles si queremos lograr la victoria. Y es en estos días en los que se conmemoran los primeros de la rebelión, cuando entendemos que es preciso recordar la trascendencia que en la guerra tiene la moral de los hombres que entran en combate.

Pensemos en julio de 1936, en los primeros días de la guerra. Fué entonces, no vale engañar-